

El valle de las Tapias

Más arriba de Bailadores, encontramos las aldeas de La Otra Banda, Las Tapias y Las Playitas. Para ir a Las Tapias, tomamos un desvío de la carretera Transandina, como a tres kilómetros de Bailadores, a la altura de una cruz redentorista, que nos indica el inicio de la carretera. De allí en adelante nos adentramos en un valle siempre verde, por donde pasa un río joven, que baja del páramo La Negra.

En el valle de Las Tapias se ven escenas del pasado, de una Venezuela rural de fines de siglo y conservada en forma milagrosa. Rebaños de ovejas pacen tranquilas sobre la hierba húmeda de las riberas, al lado del tradicional arado de bueyes que ha surcado la tierra durante siglos. Pequeñas casas de campesinos muy bien acicaladas con corrales que dan fe de una alimentación muy sana en donde se crían pollos, cerdos, pavos y patos. Por otro lado, no escapa el progreso con sus modernas técnicas de cultivo, usando el sistema de riego, los fertilizantes químicos y los lavaderos de zanahorias, donde son empacadas en sacos y después son llevadas en grandes camiones hacia la capital del país.

Es esta una tierra muy fértil, en donde se aprovecha al máximo cada palmo de terreno, bien sea en extensas parcelas donde se produce el ajo, la papa y otros tubérculos o bien en pequeñas huertas familiares en donde al lado del cebollín, la auyama y el cilantro, florecen los esponjosos pompones y las rosas más primorosas que adornarán los altares. El viento frío que baja de la montaña y estremece los sauces se cuela entre los muros de las casas, obligándonos a mantenernos bien abrigados al calor de la leña y los fogones. Las casas blancas de muros encalados soportan, con resignación, el peso de los tejados abigarrados por donde el rocío de la mañana se escurre entre las grietas húmedas con lentitud. Poco a poco se van formando hilos de agua que caen entre latas, vasijas y

demás parapetos donde cuelgan los helechos. Sentados en el rescoldo de una ventana, una pareja de ancianos de piel gruesa y arrugada se dedican a contemplar el valle, con la nostalgia de aquellos que se acercan al final del camino, llevándose consigo las historias nunca escritas de este lugar. Al lado de ellos, juegan niños con una carreta de madera, deslizándose entre los surcos de la tierra.

De la contemplación absorta de estos valles y riberas, surge en nuestra mente aquel pasado mítico de nuestra infancia en donde las cosas más pobres y sencillas cobran un valor absoluto, en el centro de la imaginación afectiva, como diría Pavese. Del paso moroso de la yunta de bueyes que va dibujando los campos con líneas paralelas que convergen hacia las alturas, hasta el lento gravitar de la voluta de humo que sale del fogón hogareño, trayendo el aroma de la leña ardiente, mezclado con el vaho vegetal de la huerta familiar, se van descubriendo nuevas asociaciones atávicas.

Al despedirme de estos parajes tan hermosos, siento el vacío que deja en mi alma, la separación de recuerdos entrañables. Tan sólo queda la esperanza de saber, que aún hoy, existen lugares maravillosos como éste que guardan en su seno las viejas estampas del pasado, como las fotos amarillas familiares en el fondo de un viejo arcón, y que podemos volver a ver en nuestros momentos más íntimos. Quisiera volver al campo a beber el tiempo medido de la vida que fluye entre las rocas de un río cristalino. Quisiera vivir de nuevo entre los muros de tapia, y poder decir, con Tulio Febres Cordero, “ Haber vivido en la época en que los magnates y patricios eran agricultores, y en el campo vivían en soberbias mansiones señoriales, dando eficaz ejemplo de frugalidad y amor a la industria agrícola”.